

ÓRBITA SATURADA

Por José Vilches Palma

Dedicado a mi madre

Olga comenzó a leer en la pantalla el principio de mi libro.

«¡Astronautas!», por Carlos Barroso García.

«Hacia el año 2.020 la órbita geoestacionaria, comúnmente utilizada por los satélites de comunicaciones, quedó por completo saturada. Un cálculo aproximativo decía que unas treinta mil toneladas de chatarra espacial, desde partículas de pintura, secciones de viejos cohetes, amasijos de hierros carbonizados, pasando por tornillos, destornilladores y llaves perdidas por algún torpe astronauta, hasta residuos radiactivos, ponían en peligro cualquier intento de una nave por escapar de la atracción terrestre.

Varios catastróficos accidentes, ocurridos de una forma inquietantemente consecutiva, pusieron en alerta a las autoridades; fue entonces cuando nació un nuevo tipo de profesión: la del Despejador Orbital, reducido a «Despor» en el argot.

Así pues, treinta mil toneladas de chatarra espacial tenían la culpa de que un tipo como yo hubiera llegado a convertirse en astronauta...»

-¡No somos astronautas! -criticó Olga Salenko, tras leer el último párrafo escrito.

Olga era una rusa auténtica, cabello negro, piel muy blanca y ojos azules; era baja pero musculosa, una genuina trabajadora del espacio. También tenía una pega, estaba demasiado acostumbrada a respetar el orden establecido.

-Eso, precisamente es lo que va a reivindicar mi libro -dije intentando hacerla comprender-. Habrás observado que escribí la palabra astronauta entre comillas. Más adelante entraré en consideraciones del por qué esas comillas deben desaparecer.

-Carlos, ¿sólo has escrito ésto que acabo de leer?

-Sí.

-No continúes -me dijo secamente-. Hace poco que te conozco, pero te aprecio lo suficiente para que me duela verte perder el tiempo con una cosa así.

-Tenemos trabajo, para ésto estás aquí, ¿no? -le dije ofendido, al tiempo que desconectaba el ordenador portátil.

-¡Olga tiene razón! -dijo súbitamente Oscar, el ordenador de abordo.

-Nadie te ha dado vela en este entierro, veo que tus circuitos auditivos funcionan perfectos -espeté duramente. Estaba harto del ordenador, pues sólo parecía funcionar correctamente cuando le daba la gana.

-Bien, vamos. El duro trabajo te relajará -concluyó Olga.

El sudor me corría por la frente debido al calor que desprendía el soplete láser. Habíamos abandonado la confortabilidad del puente de mando de mi nave «Despor» por la inhóspita bodega de carga. Ahora nos afanábamos en descuartizar una sección abandonada de la antigua estación espacial «Mir». Las colaboraciones de este tipo, es decir, que un Despejador Orbital ayudara a otro a atrapar algún enorme pedazo de chatarra espacial, para luego desguazarlo juntos y repartir el peso en dos era poco frecuente, pero entre Olga y yo había algo especial, aunque todavía no estaba muy seguro de qué era ese «algo»,

La observé desgajar un panel con un facilidad tremenda, como si fuera de mantequilla.

-¿Posees una habilidad especial con el soplete láser o sólo me lo parece? -pregunté.

-Nací en el Moscú de la Perestroika, mi padre poseía una chatarrería; coches, avionetas, lanchas, cualquier cosa de metal... la vida era muy dura, ¡había que sobrevivir!

-Ahora entiendo; de chatarrera en la Tierra a chatarrera en el espacio. ¡Continúas siendo una superviviente!

-Un Despejador Orbital no tiene la categoría de astronauta, por la sencilla razón de que nadie con ese rango realizaría semejante trabajo. Se trata de una labor peligros y sucia. Peligrosa por la posibilidad de una colisión fatal. Sucia por la tarea de desguazar los restos más grandes, soplete láser en mano -dijo señalándolo-, con el fin de hacer sitio en la bodega de carga. Toda mi vida he realizado este tipo de trabajo. Esto, combinado con un pequeño carnet de piloto, es lo que me ha traído al espacio, así es como yo veo las cosas... ¿Pondrás todo eso en tu libro, Carlos?

-¿No me habías dicho hace un rato que me olvidara del dichoso libro? -interrogué un tanto indignado.

-Estoy intentando abrirte los ojos, sólo eso -se defendió ella-. Si verdaderamente estás tan quemado como creo, lo más conveniente sería que te tomaras unas vacaciones o abandonarás definitivamente este trabajo.

Olga acababa de tocar mi punto flaco, sólo con palabras había logrado herirme mortalmente. Como si de un niño pequeño se tratara, arrojé el soplete, dejando caer la sección que en aquel momento estaba cortando y fui a sentarme a un rincón de la bodega, oculté mi rostro entre mis manos y comencé a sollozar. Ella se acercó de inmediato y me rodeó entre sus brazos.

-¿Qué te ocurre, Carlos? -me interrogó dulcemente.

-Desde pequeño siempre soñé con llegar a ser astronauta, ya veo que no es tu caso, pero quiero que me entiendas... ¡imagínate toda una infancia y adolescencia consagrada a esa idea! Comenzar una carrera militar con el fin de ser primero piloto y luego astronauta de pleno derecho. Pronto llegaremos a Marte y en un par de décadas el Sistema Solar será nuestro, sólo hace falta tiempo y la humanidad se extenderá por el universo -señalé el estrellado cielo, que podía verse a través de uno de los grandes ventanales de la bodega- y yo no podré estar allí para ayudar, por culpa de no haber superado los psicotécnicos, jamás me dejarán abandonar esta maldita órbita saturada... ¡Es realmente frustrante!

-Dices que no podrás estar allí para ayudar, cuando en realidad ya lo estás haciendo.

-No intentes disfrazar la realidad, Olga. Los restos triviales van a verterse en un cementerio situado en la cara oculta de la Luna, ¡modernos contaminadores de ecosistemas! Un trabajo tedioso por culpa de la soledad, ninguna agencia espacial mantiene a dos operarios en una misma nave «Despor». Ordenadores que no funcionan como deberían. Amistad difícil entre Despejadores, casi todos son pilotos que no tienen dónde caerse muertos, gente de mal vivir, piratas pendencieros del espacio viviendo a cuenta de un sueldo gubernamental, que cuando toman tierra se comportan como salvajes que han escapado de una jaula, empañando el poco prestigio que podríamos tener los que verdaderamente amamos, aunque sea mínimamente, esta profesión. Sueldo bajísimo, competencia desleal...

-Eres terriblemente pesimista, Carlos. Cuando escribas todo eso no olvides mencionarme...

Olga buscó mi boca y, para mi sorpresa, me besó.

-Nuestra colaboración es importante, así que manos a la obra -me dijo después.

Concluido el trabajo y las reparticiones de los restos de la «Mir», la dulce rusa regresó a su nave «Despor», para continuar su labor en la órbita saturada.

Ella me había dado un motivo para seguir, una esperanza... Me dijo que no me preocupara, que las cosas podían cambiar, que mirara el lado positivo de la situación y que nunca olvidara algunos de los motivos que me habían conducido al espacio; el ver nuestro bello planeta azul, nuestro satélite con su ciudad cupulada, la gran estación «Alfa», el saber que me encuentro donde siempre quise estar, haciendo lo que siempre quise realizar; ¡Ayudando a la humanidad a dar sus primeros pasos por el universo!

Me enseñó a ver que, aunque no lo dijera en ninguna tarjeta con banda magnética, sin duda, yo era un astronauta...

* * *

Margarita Hoffmann era una rubia de dos metros, ojos color oro (a la última moda) que le hacían juego con el cabello, tenía una voz enigmática y un cuerpo de ensueño; además de todo ésto, también era la presentadora *de moda* del programa *de moda* titulado «Espacio Insólito» y operaba en la franja horaria de más audiencia de la T.V.G. (Televisión Global) con sede en Londres. Ahora se disponía a presentar su último espectáculo:

-Esta noche tenemos con todos nosotros a un hombre que ha pasado buena parte de su vida trabajando por y para el... ESPACIO INSÓLITO -tras las palabras de la célebre presentadora comenzó a sonar, atronadora, la sintonía del programa, al tiempo que se abría una negra cortina estrellada. Margarita se sentó sobre un funcional sofá y continuó hablando-. El transbordador «América» se dirigía, en lo que debía ser un tranquilo viaje, hacia la estación espacial «Alfa». Nada hacía sospechar la tragedia que se avecinaba y que ¡no lo olviden!, siempre puede suceder cuando nos encontramos en el... ESPACIO INSÓLITO, cuando una pasarela desechada de la estación «Freedom» entró en órbita de colisión con el transbordador...-la presentadora guardó unos segundos de silencio, que los realizadores aprovecharon para introducir música de intriga.

-El «América» se hallaba indefenso, no tenía tiempo de virar -continuó Margarita-. Sus noventa y seis pasajeros estaban al borde de la muerte, pero entonces surgió la figura de ese hombre que les he mencionado anteriormente y que hoy tenemos aquí con todos nosotros en directo... Con ustedes, el ya célebre héroe del espacio, el señor Carlos Barroso García...-esto último lo dijo poniendo más énfasis en la voz e invitándome a penetrar en el plató.

Un tanto nervioso y con la boca seca salí a escena; tal y como me habían indicado me senté en el otro sofá que quedaba libre junto a la presentadora, mientras la sintonía del programa volvía a sonar para recibirme.

-Buenas noches y bienvenido a ESPACIO INSÓLITO -saludó Margarita con su enigmática voz.

-Buenas noches -acerté a decir con voz entrecortada.

-Nuestros telespectadores, a estas alturas, deben ya saber de su gesta; ¡no todos los días se salva la vida a noventa y seis personas! y usted ha sido noticia en todos y cada uno de los telenoticias de mundo desde que ocurrieron los acontecimientos... pero aquí, en ESPACIO INSÓLITO vamos a conocer a la persona que pilotó aquella nave «Despor» con tal pericia...

Las luces bajaron de tono y en torno a nosotros quedó la penumbra; Margarita comenzó con su particular entrevista:

-Antes que nada, yo quisiera preguntarle, ¿ya se encuentra restablecido de la herida que sufrió en la frente?

-Sí, muchas gracias -respondí.

-Su nombre completo es Carlos Barroso García, ¿dónde y cuándo nació, Carlos?

-Nací en un pueblecito de España, Morón de la Frontera, en la provincia de Sevilla... hace treinta y un años.

-¡Todavía no hay corridas de toros en el espacio! -bromeó Marga.

-Por desgracia cada vez se celebran menos en la Tierra, se está perdiendo la tradición...

-¿Y qué fue lo que le llevó a usted a trabajar en el espacio?

-Supongo que mi temprana afición por la astronomía, por el programa Apolo, por la ciencia ficción; pero principalmente, porque quería estar ahí cuando las cosas ocurrieran.

-¿Quiere esto decir que guarda buenos recuerdos de su infancia?

-Sí, aunque la adolescencia no fue tan buena... -me corté.

-¿Se alistó en las fuerzas armadas para poder llegar a ser piloto?

-Sí. Entonces comenzaban a ser profesionales. Fui a parar a la base americana, puesto que estaba muy cerca... No tengo casi ningún buen recuerdo de los yanquis, siempre recuerdo su desagradable prepotencia, y creo que eso nos hace mejores al resto de los mortales.

-¿Sus padres se opusieron a su carrera en pos del ESPACIO INSÓLITO? -tras la pregunta volvió a sonar la sintonía del programa.

-Verdaderamente se comportaron como suelen hacer la inmensa mayoría de los padres, es decir, me pusieron todas las pegadas del mundo; pero hoy en día están orgullosos. Ellos querían que estudiara una carrera normal, me casara, tuviera hijos y esas cosas.

-Has mencionado la palabra «casara», ahora tendrás miles de fans que lo desearían... ¿Hay alguna mujer en tu vida, Carlos?

-Bueno... titubeé-. Una guapa rusa...

-¡Ya lo ven, papás de Carlos! -exclamó Margarita-. No tienen de que preocuparse. Te pusieron todo tipo de pegadas, pero a pesar de todo continuaste -apuntó ella.

-Era mi sueño... -evoqué. En la base aérea de Zaragoza por fin logré el título de piloto, participando con éxito en la quinta guerra del Golfo Pérsico, bajo la tutela del ejército del aire de la CEE...

-¿Entonces empezaron los problemas?

-Fue poco después cuando me topé con el problema de los psicotécnicos para el ingreso en el cuerpo de astronauta, simplemente no me consideraban apto para el servicio. No hubo manera de superarlos...

-¡Ahí lo tienen! Un hombre que había dado su vida por llegar al ESPACIO INSÓLITO, un lugar al que casi pertenecía por derecho propio y que se vio abocado a optar por una salida que no le satisfacía plenamente. ¿Cuál fue esta solución, Carlos?

-Como piloto de la CEE pude ingresar en la Agencia Espacial Europea y una vez allí comencé a trabajar como Despejador Orbital -casi susurré.

-¿Era dura esa labor, Carlos?

-Bastante, tanto como cualquiera de los trabajos que las personas cualificadas de la Tierra suelen rechazar... Yo intentaba que no lo fuera, con

mi amor por el espacio y mi forma de hacer, pero aún así sabía que estaba confinado a la órbita saturada y sufría.

-Un sufrimiento que sabemos vas a tratar de reflejar en un libro sobre el mundo de los «Despor», ¿aún piensas lanzarlo al mercado?

-Creo que todavía merece la pena.

-Carlos Barroso García, un latino que trabajaba y sufría en el ESPACIO INSÓLITO en malas condiciones, fue capaz de salvar el destino de la humanidad... ¿casualidad?, ¿suerte? En el transbordador «América» viajaban la flor y nata de los astronautas, científicos, políticos, magnates y periodistas que se dirigían al último Congreso antes de poner en marcha el conocido «Proyecto Marte», la repentina muerte de todas estas influyentes personalidades hubiera supuesto un freno irreparable a la expansión del género humano por el ESPACIO INSÓLITO, confinándonos, ¿quién sabe si para siempre?, en nuestra querida Tierra. ¡No había un relevo para estas personas! Por eso yo afirmo que Carlos ha entrado, por derecho propio, en la lista de los grandes hombres... ¿puede contarnos en qué ha cambiado su vida después de esta hazaña?

-Resulta evidente que me ha dado una fama que antes no tenía, la cual intentaré aprovechar.

-Nosotros, aquí en ESPACIO INSÓLITO, te hemos preparado una gran sorpresa -comenzó a sonar la sintonía del programa-. Hemos traído a una persona muy importante para ti, para que ella misma te dé la noticia que has estado esperando toda tu vida.

Se produjo una salva de aplausos y tras la negra cortina estrellada apareció alguien que me era familiar, ¡no podía creerlo! Se trataba de Olga Salenko... Nos abrazamos emocionados, sin saber qué decirnos.

Cuando nos calmamos un instante, Olga me dio un sobre con el membrete de la Agencia Espacial Europea, lo abrí mientras ella me miraba expectante y leí su contenido en voz alta:

-Carlos Barroso García, ha sido usted propuesto para el ascenso a la categoría de astronauta y se le ofrece un contrato para participar como miembro activo en el inminente «Proyecto Marte». Firmado: El Director General de la Agencia Espacial Europea.

Margarita se dispuso a despedir el programa.

-¡Ya lo ven, señoras y señores! ¿Les cabe alguna duda de la naturaleza de nuestro ESPACIO INSÓLITO? Esperamos haberles entretenido y emocionado... a Carlos Barroso, que le vaya bien en su nuevo cargo y gracias a los dos por haber estado en nuestro programa.

-Gracias a ustedes -concluí.

Aún no podía creer lo que me había ocurrido.

* * *

DOS O TRES DÍAS ANTES

-¡Jesús, María y José!, ¡Jesús, María y José! -tronó Oscar, el ordenador de abordo, despertándome súbitamente.

Me incorporé tan bruscamente del camastro que mi cabeza fue a chocar contra una estantería adosada a la pared, abriéndome una pequeña brecha en la ceja. Lanzando una serie de imprecaciones salí disparado hacia el puente de mando de la nave.

«Jesús, María y José» era una clave importante y sólo significaba una cosa; que un objeto del tamaño de un autocar se aproximaba hacia nosotros.

-Carlos, lo tengo enfocado -avisó Oscar, al tiempo que hacía parpadear el piloto de la pantalla utilizada para tal fin-. ¡Es enorme! ¿Estabas durmiendo?, perdona si te he despertado, pero...

-No importa, has hecho lo correcto. Por cuatro o cinco toneladas me puedo permitir el lujo de perder unas horas de sueño y no como aquella vez que me despertaste para recoger unos alicates -le contesté luchando contra la falta de gravedad, mientras me abrochaba los cinturones de seguridad de la butaca de mando-. Bien, Oscar, quiero datos, datos, datos...

-...se trata, creo, de un pasarela desechada de la estación espacial «Freedom»; mide como unos doce metros, su peso aproximado puede ser de entre cuatro a cinco toneladas, se nos aproxima a una velocidad indeterminada de unos nueve mil kilómetros por hora y nos rebasará en... - Oscar se detuvo dos interminables segundos para procesar y continuó...nos rebasará en unos seis minutos; nuestra velocidad es de siete mil quinientos kilómetros por hora. Eso es todo -y quedó mudo.

-¡H.A.L. 9000 no tendría nada que envidiarte! -casi aplaudí-. Por el amor de Dios, Oscar, ¡no me has dado ni un dato exacto...!

-Eso no es cierto. Te he dado correctamente la velocidad de nuestra nave -se quejó el ordenador un tanto amargamente.

-Sabes de sobra que operar en manual es muy peligroso y por esto las referencias han de ser precisas... ¡Nunca has funcionado correctamente! Llevamos meses trabajando a ciegas.

-La solución es fácil, Carlos. Regresa a Bruselas y presenta la queja pertinente a la Agencia Espacial Europea -intentó defenderse Oscar indicándome lo obvio.

-Me pagan una miseria por estar aquí arriba, Sueldo Mínimo Interprofesional de piloto, y lo sabes. Sólo me embolso unos buenos Euros de prima cuando la maldita bodega está a rebosar de chatarra, así que no puedo permitirme el lujo de perder el tiempo que se necesita para hacer lo que me pides, porque...

-...porque necesitas el dinero para lanzar al mercado el libro que estás escribiendo y que pretende cambiar el mundo de los «Despor». ¡Eres un iluso! -concluyó Oscar cortándome.

-Recuérdame que te desconecte en cuanto terminemos esta misión -le espeté.

-No hará falta, acabo de programarme para hacerlo yo solito. ¿Discutiremos toda la vida o vamos a echar el guante a «Jesús, María y José» -me interrogó Oscar con voz cansada.

-Bien. Sincroniza nuestra velocidad para que podamos acercarnos, abre las compuertas de la bodega y saca las pinzas muy, pero que muy despacio -ordené asiéndome fuertemente a los mandos manuales-. Es realmente grande -susurré mirando de reojo a través de la ventana lateral-. Unos metros más y estaríamos hablando de un «Dios mío»,

-¿Carlos? -llamó del ordenador.

-¿Sí...?

-¿Qué te ha ocurrido en la frente?, ¡parece que tienes sangre!

-Me he golpeado con una estantería al levantarme cuando escuché tu aviso... Gracias por preocuparte, pero vamos a por faena -dije condescendiente.

-¡Oh, Dios mío! -gritó Oscar súbitamente.

-Ahora vas a decirme que has calculado mal y que la pasarela es más grande -reí, ya me estaba empezando a acostumbrar a ese tipo de fallos.

-¡Mira ese transbordador! -me señaló Oscar en sentido figurado. ¡Y lo vi!

En síntesis; estábamos en trayectoria de colisión.

Nuestra nave, más ligera, podía virar rauda y evitar la catástrofe, pero la pasarela que nos disponíamos a recoger continuaría su rumbo para terminar impactando contra la indefensa nave de pasajeros, la cual no tenía esa capacidad de maniobra debido a su gran tamaño.

-Haz destellar todas las luces de la nave, para que nos vean -casi grité-. ¡Tenemos que hacer algo...!

-Nos han visto pero no a la pasarela. La deben de confundir con un elemento propio y por eso no viran... Están aguardando a que seamos nosotros quienes realicemos la maniobra de evasión -me informó Oscar. Aquella creo que fue la primera vez que deseé fervientemente que se equivocara.

El transbordador parecía imperturbable en su trayectoria. Ahora, la única diferencia consistía en que también hacía parpadear todas sus luces.

¡Iluminaba como un gigantesco árbol de Navidad que no sabía lo que se avecinaba!

¡Tenemos que hacer algo! -volví a gritar espantado y nervioso. De repente la herida en la frente comenzó a sangrarme más y se me nubló la vista, sentí como si me faltara riego y perdí el conocimiento.

La consciencia me fue volviendo lentamente, después de sentir un estruendo en la lejanía y un pinchazo en el antebrazo.

-¿Se encuentra usted bien, se6or? -me pregunt6 una voz que sonaba muy distorsionada.

-Creo que s6 -respond6, aunque me dol6a la cabeza terriblemente y sent6a la boca estropeada. Me hablaba un oficial m6dico de las Fuerzas Espaciales...

-Despu6s de su heroica acci6n, cre6amos que no iba a poder contarlo -ahora su voz sonaba casi normal-. El caso de su nave se agujere6, el panel de mandos se incendi6, ¡es casi un milagro que continúe usted vivo!

Comenc6 a entender lo que hab6a sucedido tras mi p6rdida de sentido. Oscar hab6a realizado la maniobra de evasi6n y, de alguna manera, tambi6n hab6a evitado que la pasarela chocara con el transbordador, tras lo cual se autodesconect6 segun mi orden... Eso, y la imposibilidad de volver a ponerlo en funcionamiento, me dejaba como único protagonista de los hechos.

De repente me percat6 de que ya no me hallaba en la nave «Despor».

-¿D6nde estamos? -interrogu6.

-No se preocupe, se6or. Estamos en una nave-ambulancia de las Fuerzas Espaciales y nos dirigimos a la Tierra. Ahora descanse, puesto que lo va a necesitar...

El resto es Historia.

Autor: Jos6 Vilches Palma (1968-2007); Cornell6 de Llobregat, Barcelona, Espa6a.

Relato publicado en la antolog6a *Impactos en el tercer milenio, Espiral – Ciencia Ficci6n n6m, 16.*

La familia del autor ha cedido a Libro Andr6meda el derecho de publicaci6n de esta obra en nuestra web, con la siguiente condici6n, de acuerdo con las opciones de protecci6n de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusi6n en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los cr6ditos. No se puede obtener ningun beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.